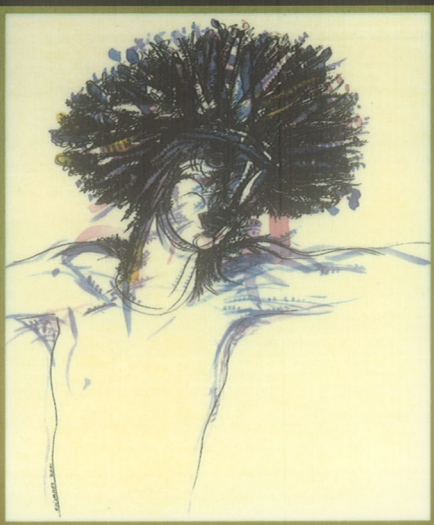
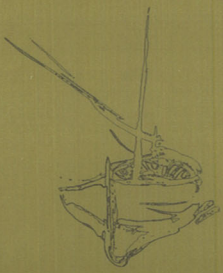
José Pérez Olivares



Últimos instantes de la víctima



Colección Poesía

Últimos instantes de la víctima

Colección Poesia

Ilustración de la cubierta: obra de José Pérez Olivares.

© José Pérez Olivares, 2001
© Edita: Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Albert», 2001

Impresión: Bañuls Impresores, S.L.

I.S.B.N.: 84-7784-392-9
Depósito Legal: A-739-2001

José Pérez Olivares

Últimos instantes de la víctima

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

1. EN EL REINO DE NOD

Y salió Cain de delante de Jehová,
y habitó en la tierra de Nod, al oriente
de Edén

Génesis, 4,16

Habla Enós

Entramos en los recintos de la piel,
en las densas y rumorosas praderas de la sangre.

En medio de la noche, rodeados de vastedad y silencio,
tuvimos la dulce tarea
de aprender a deletrear el mágico alfabeto
    del fuego.

Las aguas se separaron,
de ellas surgió el animal de sangre espesa,
el ave de interrogante cuello.
Surgió la rápida e insobornable alimaña.

La mano amasó el barro, y con barro se alimentaron
    los primeros objetos,
aquellos que ignoraban la muerte.
Del barro surgió el oficio de la duda.
De la duda surgió el primer insomnio.
Del insomnio la primera huella de embriaguez.

Morir no era entonces morir, sino la forma más pura,
el estado más próximo
                a la sagrada perfección.

Aunque primitivas, las formas gozaban de cierta idealidad,

de una larga y estival firmeza
comparable
a las tranquilas fosforescencia
    del aire.

Eran tiempos
en los que un cuerpo era todos los cuerpos
y una verdad toda la verdad.

Somos hijos de la carne, mensajeros
del tiempo y del destino.
Sabemos que sobrevivir es cruel,
y en toda verdadera invención
hay un átomo de su futuro desastre.

Tocamos los objetos, reconocemos su textura.
Y en nuestras manos se deshacen.

Estatuilla de mujer

(Siglo II a.n.e.)

Mujer de Naxos,
extraña quietud aflora a tu rostro,
rostro sin ojos ni boca
donde la noche teje su cordial desesperanza.
Toda la frontalidad de los cuerpos
está en tu cuerpo.
Toda la simetría del cielo cabe en tu insomnio.
Todo el silencio de la Tierra en tus férreos ademanes.
Sin embargo, se lee perfectamente
lo que pretendes decir.
Se alcanza a comprender quién eres
    y de dónde vienes.
Vienes de las ardientes islas, de los desconocidos mares,
    del reino sorprendente de la piedra.

Al mirarte, siento que estoy en presencia
    de otra verdad
escrita con una antigua tinta,
tallada en los ojos de quienes no precedieron.
Al mirarte, toda verdad es demasiado leve,
toda levedad, un camino a tientas.

El tiempo nos protege.
Nos protege de las inútiles palabras.
El tiempo, gran escultor, nos convoca
y defiende de oscuras amenazas.

Nada podemos hacer sino seguir nuestro camino.
Yo voy entrando en una nueva centuria,
tú te alejas en pos de la Historia.
Acaso eres la imagen que tendremos algún día,
la que leerán
aquellos que interroguen
nuestras descomunales piedras.
Como interrogamos nosotros a la ceniza.

Ritual

Maté al tigre con mi lanza. El tigre me devoró
    antes de que pudiera cazarlo.
Lo até a mi espalda y dando loas a los dioses
    regresé con él a la tribu.
Satisfecho el tigre
dejó que otros animales probaran mi carne.
Lobos de la estepa se disputaron mi cuerpo,
hienas de las áridas llanuras
se rieron con altivez de mis despojos.
En la tribu, mujeres y hombres salieron de sus chozas
    para darme la bienvenida.
Rodeado por jóvenes y viejos
narré la forma en que di muerte al tigre con mi lanza.
Después que todos los animales saciaron su hambre,
tocó el turno a las aves de rapiña
que llegaron en negras oleadas.
Al anochecer encendimos una hoguera y comimos
    la carne de la fiera.
Pintarrajeados y desnudos bailamos y cantamos
    hasta el nuevo día.
Al amanecer
mis huesos quedaron dispersos en la hierba,
tan desmenuzados y rotos
que resulta imposible decir: «esto que veis aquí
    fue el cuerpo de un cazador».

Dos testimonios

(Breda, 5 de junio de 1625)

1. Justino de Nassau

No soporté el asedio de Espínola.
Demasiado humo
y el ruido infernal
de los obuses estallando en las calles.
A fin de cuentas, lo mismo da
pertenecer a Francia o España,
hablar hoy una lengua
y mañana otra,
o aprender un himno
sobre las ruinas
de otro que sentías tuyo.
La sangre
es el tributo que exige
toda resistencia al enemigo.
Hambre, sed, epidemias,
caminar sobre cuerpos destrozados,
    ¿justifica tanto sacrificio?
Si vamos a morir
y la ciudad ha de ser arrasada,
¿para qué sacrificarla?
Mejor hacer lo que hice:
dar órdenes de abrir de par en par
    las puertas
y recibir
con la más ardiente sonrisa
    al invasor.

2. Ambrosio Espinola

El asedio duró poco
y ahora estoy frente a mi enemigo.
Hombre razonable, este Justino de Nassau,
    no quiso que la ciudad muriera.
Seguramente la ama demasiado
para permitir
que el fuego de mis cañones
    la destruya.
O que un largo y desmesurado asedio
    termine corrompiéndola.
Ha preferido entregarla.
Con dolor,
con un poco de nostalgia quizás,
    me ha dicho:
"estas son las llaves de Breda,
    tómelas usted".
Después calló
como callan los soldados
en su derrota.
Sentí pena y le puse una mano
    en el hombro.
Luego, contemplé desde esta colina
    la ciudad.
Un humo azul se levantaba
hacia las viejas y transparentes nubes.
Y sentí miedo:
Miedo de que aquella escena
fuera la repetición
de otras muchas.
Miedo de verme también un día
delante de un futuro vencedor
entregándole unas llaves.

En el Reino de Nod

Odio a mi hermano, pastor de ovejas.
Mi padre lo prefiere porque tiene la mirada más clara
    y el rostro más sereno.
Lo prefiere porque sopla una flauta
y llena de ecos la tarde.
Odio a mi hermano, el irremediable,
al que estoy atado para siempre.
Lo veo venir y pienso: "he de matarlo hoy".
Pero no tengo valor para alzar el puño,
no tengo siquiera valor para mirarlo fijamente.
Pasa delante de mí y sonríe.
Entonces cierro los ojos devorado por el rencor
    y los celos,
derrotado por la arrogante humildad
con que parece decir:
    "Soy el preferido del Señor".

Está escrito: hoy o mañana sucederá.
Si es de día o de noche, poco importa.
Basta con que me esconda y espere,
basta con que me atreva a cerrar el puño
y toda la grandiosa ira que escondo en el alma
    brotará.
Su cuerpo quedará tendido en la hierba,
los grandes ojos fijos,
la boca entreabierta
como si dibujara una última sonrisa.

Cincuenta justos

¿Destruirías también al justo con el
impío?

Génesis, 18.23

En vísperas de ser arrasa la ciudad,
alguien hizo esta pregunta:
–Si existieran cincuenta justos en ella, ¿sería
razonable destruirla?
–No, no sería razonable destruirla, respondió
el soldado más viejo de todos, aquel
que había logrado sobrevivir a todas las batallas.
–Si no existieran cincuenta, sino cuarenta y cinco justos en la ciudad, ¿la destruirías entonces? Volvió a preguntar la misma voz.
–No, respondió serenamente quien había escapado mil veces de la muerte.
Si hubieran cuarenta y cinco justos me negaría a destruirla.
–Y si en vez de cuarenta y cinco, apenas llegaran a treinta los hombres
justos en la ciudad enemiga, ¿será razón suficiente
para no dejar allí piedra sobre piedra?
–No, volvió a responder impasible el hombre, no sería
razón suficiente
ni vería con buenos ojos esa acción.
–Pongamos que ni siquiera lleguen a veinticinco,
sino que en la terrible y corrupta ciudad
sólo existan quince justos,
¿la arrasarías entonces?

–Si sólo llegaran a quince los justos, respondió
el soldado, no habría razón
bastante para arrasar la ciudad.
–Y si no llegaran a quince, si sólo fueran diez
los únicos hombres justos,
¿condenarías a muerte la ciudad enemiga?
–Diez bastarían para salvarla, sentenció oscuramente
el viejo soldado.
–Y si no llegaran a diez los justos, si la envilecida
ciudad sólo pudiera ofrecer al mundo
apenas cinco,
¿saldrías a borrarla de la faz de la tierra entonces?
–Si tuviera al menos cinco justos, se salvaría, gruñó el más experimentado de todos los soldados, y guardó el más profundo silencio.
–Y si sólo hubiera un hombre, un hombre capaz de amar tanto a la ciudad y a sus semejantes que resultara casi perfecto, casi eterno en sus principios.
Si al menos existiera un hombre, un hombre solo y sin mácula, ebrio de mansedumbre y nobleza,
¿destruirías la ciudad?

Responde, por favor, insistió la voz,
¿destruirías la ciudad?

Elogio del cuerpo

Y díjole Saúl: Mancebo, ¿de quién
eres hijo? Y David respondió:
Yo soy hijo de tu siervo Isaí, de Beth-lehem.
Samuel, 17.58

Mírame, soy el cuerpo.
El cuerpo que alguien tallara
sobre la insomne y milenaria piedra.
Represento la sed,
represento el valor,
represento el ansia.
Soy todo lo que quieras ver en mí,
aquello que alguna vez añoraste
y no te fue dado,
lo que amabas en silencio
a cambio de ninguna recompensa.

Pasan lentamente los siglos,
pero no me tocan.
Pasan las noches ciegas,
las horas transparentes,
los minutos sin nombre.
Fluye la eternidad
y sigo siendo lo que soy:
un cuerpo desnudo.

Quien fui, poco importa.
Tal vez el que mató con su onda

al temido Filisteo.
O el simple, el desconocido muchacho
que a la luz de una vela
posó para el artista.
Lo que haya sido
se pierde en la infinitud,
en el marmóreo secreto del tiempo.
Lo que haya sido, seré.
Mas ahora nada significo
–nada que no sea una piedra:
una blanquecina piedra
de las canteras de Carraca.

Quizás amé y fui amado.
Y tuve otro cuerpo desnudo
frente a mí,
un cuerpo que me hizo conocer
la belleza del odio
y la lacerante
plenitud de los celos.
Lo más probable
es que haya muerto como dicen
que mueren los hombre:
renegando de Dios
y con los ojos húmedos y perdidos.
(No como el rey de Israel,
esperando la Nada
en brazos de una bella sunamita).

Mírame, soy el cuerpo.
Unos me interrogan,
otros me increpan,
mas para todos sigo siendo

aquél que Buonarrotti
sacó una mañana de la piedra
(no fue su mano quien lo hizo,
sino la mano del Destino).
Mi nombre es David,
pero también puedo ser
el que tú quieras:
el guerrero,
    el profeta,
        el amante.

Jonás

He salido del vientre del pez.
Allí estuve tres días y tres noches
escuchando el sonido de las aguas
que es el sonido del silencio
    en lo profundo.
Ahora he vuelto a renacer.
Quienes renacen
jamás preguntan por qué,
no piden otra cosa
que volver a abrir los ojos
    y respirar.
Respirar la mansa luz
que brota de la mañana
y de la tierra.

Quienes vuelven de las tinieblas
saben que arduo es el aire
en los pulmones.
Quienes olvidan
nunca hablarán de su más antiguo
    insomnio
hecho de certezas y añoranzas.
Yo, que he sido un náufrago,
también he sido feliz.
Y creo en la palabra
que alguien puso en mi boca
como quien acerca una fruta
    a los labios.

Mis pasos me conducen hacia Nínive.
Dicen que una amenaza se cierne sobre ella,
que un viejo sopor
apaciguará su irredenta sed.
Dentro de cuarenta días
nadie sabrá
en qué sitio del viento estaba,
ni en cuál de las colinas
germinaron sus calles.
Vengo a conjurar el desastre,
a cantar el himno
de quienes enfrentan la derrota
    con una sonrisa.
Apiádate,
y piensa que la noche
es la única entrada al laberinto.
sufre por los que claman
y escupen en el mar
sus quebrantos.
Rodéate
de aquellos que no tienen salvación.
El mar lava siempre toda culpa
y el tiempo,
    ah, el tiempo
de los justos
ni se reclama
    ni se implora.

Es lo que vengo a decir
a los nacidos en Nínive.

De Leonardo a su hijo adoptivo y aprendiz de pintor

A tu edad, Giacomo,
vemos las cosas in comprenderlas.
Las tocamos
como si tocáramos sólo su piel
    y no el alma,
como si tocáramos su nombre
y no la esencia.
A tu edad, que es la de quienes abren
    por primera vez los ojos,
todo resulta bello, pero confuso,
todo resulta excitante, pero ajeno.
Cuán lejos se está aún
    de la verdad,
a qué distancia tan escasa
    de la mentira.
Poco a poco irás conociéndolas,
aprendiendo a diferenciarlas
como se diferencia
                un fruto de otro.
Tiempo habrá para ello,
tiempo es lo que sobra.

A tu edad, Giacomo, se está
en el umbral del misterio.
El misterio de los cuerpos,
el misterio del placer,
el misterio de la vida.

Los juegos van quedando atrás.
Y un día, sin que sepas cómo,
comenzará a brotar de tus labios
    un néctar
y a fluir de tu piel una añoranza.
A partir de ese instante
tuya completamente será tu vida
y harás con ella lo que desees,
lo que siempre hayas deseado hacer.
mas no olvides, Giacomo,
que en ti combaten
                dos criaturas:
una amable y la otra cruel.
¿A cuál de las dos servirás?
¿A cuál entregarás la llave?
Es una pregunta sin respuesta
    todavía,
pero se puede intuir
si al mirar a los ojos se percibe
como un brillo o una sombra.

Confesiones de Rubén

Están alrededor de la túnica,
la pobre y ensangrentada túnica
del que fuera
devorado por un lobo.

Esa prenda es ahora el centro de universo,
el eje sobre el que giran, una y otra ve,
los astros
y ruedan las palabras.

Llora Jacob contemplándola.
Abandona su cayado
y cierra dolorosamente los ojos
como si ya nada le importara.

Sus hijos, en cambio, se afanan
en ofrecer noticias,
detalles sobre las posibles muertes
de José.

Hablan todos de golpe. Se interrumpen
y contradicen
queriendo parecer veraces.

Jura Zabulón
haber sido el último
en ver con vida a su hermano.
Y Leví, como un profeta,
asegura haber escuchado gritos
    y ruido de zarpas.

Judá, que es tartamudo,
intenta construir a toda costa un frase.
Pero una inmensa palidez desfigura su cara
y una cruel sonrisa
aflora a sus labios.

Oculto en la penumbra estoy yo.
Soy el único que no afirma, pero tampoco
    niega.
El único que baja la cabeza
y ahoga, desesperado, un grito.

Estatuas antiguas

Quiero trabajar en un puro estilo griego.
Jacques-Louis David (1748-1825)

Apaciento mis ojos
en las estatuas antiguas.
Avanzo entre ellas
como un lejano y desconocido dios.
Las toco suavemente
con estos dedos que han acariciado
    la piel
y han pintado mil veces
el color de la sangre.
Pero yo, que amo todo lo griego
y sueño con sus ruinas,
sé que jamás poseeré el don
    de las estatuas,
su delicada
                y a veces inquietante
inmovilidad.
Sé que jamás
escucharé las palabra que murmuran,
el grito indolente
congelado en sus entrañas.
Mi sino
es el de los artistas que pastan
    rodeados de sombras,
de los que mueren gesticulando
    y hablando solos.
Seguiré pintando

estas caras
y estos cuerpos lamidos por el mar,
fósiles de mi memoria,
de mi vencida existencia.
Continuaré develando secretos,
nombrando a mis cariátides
pervertidas
por la nocturnidad del carboncillo.
Y cuando la última pincelada
resulte tan ambigua
que se vuelva contra mí,
cerraré despacio,
                muy despacio
los ojos
musitando las palabras
que me dicta la piedra.

Últimos instantes de la víctima

No quise arrodillarme ante el patriarca,
ni quise besar su mano,
esa mano tan pálida que sobrecoge.
Erguido
lo he mirado a los ojos.
Y allí, entre nieblas,
vi un océano de aguas estancadas.
Con un gesto
el patriarca ordenó
someterme por la fuerza.
Ordenó que clavaran mi cuerpo a una cruz
para que muriera despacio,
    muy despacio,
como mueren los cristos.
Llevo horas agonizante.
Me duele la carne atravesada por los clavos,
me arde la piel
insomne bajo el sol
Mas creo ser feliz.
Miré de frente aquel rostro
Y hallé, en su helada sonrisa,
los destellos del miedo.

Diálogo entre Abraham e Isaac

Y tomó Abraham la leña del holocausto
y púsola sobre Isaac...

Génesis, 22.6

Hijo mío Isaac,
ardua es la noche que todo lo sabe.
Y lentas son mis manos,
estas manos que alguna vez
han acariciado tu frente.
Arduo es también el tiempo.
El tiempo que todo lo ve
y todo lo presiente,
tiempo en el que tú creces
y te haces dueño del futuro.
Tú creces y yo envejezco.
Tú gesticulas y yo sonrío.
Tú paladeas y yo escupo.
Fíjate qué fácil es todo,
y en la forma tan clara y deslumbrante
de tocar y nombrar las cosas
en el instante en que se deshacen.

También soy como tú: callado
    y nocturno.
Y a veces, cuando nadie me observa,
musito una delicada maldición.
Soy como una réplica

del que habita en tu interior.
Y tú eres el joven prototipo
del que ahora habla solo y gime,
del que abre y cierra puertas
como si fuera el viento.
¿Cuál es la diferencia
entre el que envejece y reniega
y el que cree y no cree en nada?
¿Qué cosa podría unirlos
que no sean el sarcasmo y la duda,
el desdén y el escepticismo?
Cuando hablas
es mi boca la que habla.
Y cuando río
es tu risa la que flota en el viento.
Nuestra alegría y soledad
    es la misma.
Y la muerte que a ambos nos espera
será tan leve
como el rencor que asoma de súbito
a nuestros labios.

Entonces habló Isaac a Abraham
su padre, y dijo: Padre mío.

Génesis, 22.7

Padre mío Abraham,
ya no soy el muchacho
de las tardes ebrias,
ya no soy el simple, el obediente
    que tú nombrabas
y corría a tu encuentro.
Mírame, tengo un rostro
ancho y profundo como las aguas,

en él caben todas las ansias
y todas las miserias,
todo cuanto puede ser alabado
    y vituperable,
todo cuanto ennoblece
y corrompe sin remedio las almas.
Con un rostro así
imposible ser inocente.
Con un rostro abierto a la noche
    como el mío,
sólo es posible esperar cobardías,
    espejo de oscuras traiciones.
Piensa mejor
que aquella voz que susurró palabras
    en tu oído,
aquella suave y lánguida voz
que te ordenó sacrificarme,
era sólo un sueño,
el oscuro y febril sueño
de un anciano.
No he nacido para morir
ni tampoco soy el cordero de Dios.
Mi corazón no está lleno de dudas
ni de remordimientos.
Y mi tierra –recuérdalo–
no es la de Moriah.

Si creíste que iba ofrecer mi cuello
    al cuchillo,
te equivocas.

Meditaciones de Gregorio Samsa

> Lo primero era levantarse tranquilamente,
> arreglarse sin ser importunado y, sobre todo,
> desayunar.
>
> *Kafka: La Metamorfosis*

Amanecí convertido en cucaracha,
una enorme cucaracha
que agita inútilmente sus patas al aire.
Llevo horas en esta extraña posición,
horas en que medito
acerca de mi nueva identidad.
Mi madre ha venido varias veces
    hasta mi puerta.
Con dulzura, ha dicho:
    –Despierta, Gregorio,
    vas a llegar tarde a la oficina.
Mas yo he guardado silencio
y he cerrado, compasivo, los ojos.

En la habitación vecina
duerme el señor Samsa, mi padre.
Siento su lejana y ansiosa respiración.
Siento el eco de sus pasos
que van y vienen
como los de un animal insomne.
Siempre es el primero en levantarse,
en primero en abrir

de par en par las ventanas.
El primero en saber
cuándo comienza o acaba el día.
En saber si la oscuridad avanza
    o se desvanece.
Y es entonces
cuando el gran reloj de la sala
deja escapar su gemido.
Y Grete,
la bella y generosa Grete,
comienza a sollozar.

Mas héme aquí bocarriba,
convertido en insecto.
Un monstruoso insecto
con cara de persona.
Nerviosa, mi madre ha vuelto
    y me susurra:
    –Gregorio, ¿te das cuenta
    de qué hora es?
Y al ver que no respondo,
al sentir el vacío del tiempo en mi cuarto,
calla de nuevo
                y se aleja.

Meditaciones del profeta

...y tendré misericordia
del que tendré misericordia

Éxodo, 33.19

Subí a la cumbre para dialogar con Jehová.
Subí absorto, pensando con tristeza
    en los pecados de mi pueblo,
este pueblo mío que una y otra vez,
    una y otra vez,
tienta la ira del Señor.

Subí pensando qué podría decir,
con qué palabras expresar mi desazón,
mi oscura y maligna desazón
    que a ratos aflora
y se yergue ante mis ojos
como la sombra de una serpiente.

En la cumbre invoqué muchas veces
    a Jehová.
De rodillas y anhelante grité su nombre.
Pero sólo el eco respondió.
Así estuve horas
                y horas
                y horas,
esperando que su voz hablara por mí.

Pero Jehová no vino.
No oyó o no quiso oir mis súplicas.

Y bajé de la cumbre a la caída
    de la tarde,
bajé hundido en remotas meditaciones.

Mientras lo hacía, vi en el valle el resplandor
    de las fogatas de mi pueblo.
Oí sus risas y blasfemias.
Y tuve de pronto una visión:
la terrible visión del becerro.

Entonces lloré.
Lloré por mí que soy tan mal
    conductor de pueblos.
Lloré por este pueblo mío de israel
    que odia a Jehová.

Cántico

para Elsa

1

Señora mía,
lejos están los años
en que aprendimos a nombrar las cosas,
distante el ruido de la lluvia,
la oscura osamenta del rencor
y la armoniosa fragancia del verano.

2

Hemos fatigado todos los rincones de la luz
    en busca de respuestas,
aquellas que el viento dibujaba en los rostros.
Y así, como inocentes viajeros,
arribamos a la edad
en que la piel despliega su velamen
recorrida por un dulce
                y estremecido misterio.
Mire usted
cuánta nobleza necesitábamos,
cuántas mañanas
                para poder entrar al reino.

3

Ahora, los frutos comienzan a despedir
su vasto y delicado aroma.
Y la hierba es más frágil y húmeda
    entre los dedos.

4

Señora mía,
no es la duda lo que importa.
Tampoco la verdad,
                sino el gesto más simple.
Aquí en mi mano está la llave
con la que abro y cierro el arca mortal.
Para sentirme seguro
                necesito su sonrisa
con la que a veces dibujo
                las gráciles figuras
    de un remoto poder.

Hay días en que quisiera borrar lo vivido,
retornar al último esplendor
que nos brinda la noche.
Pero es mejor que todo resulte fugaz,
que todo se aleje, rodando,
hacia alguna parte.

5

Sálveme usted de lejanas orillas
y juntos recorramos los tranquilos jardines
y las ciegas tardes

Tres elogios

1. Del ojo ciego

No está tan ciego el ojo que no ve
como el ojo que ve y no mira.
No está tan solo en su ceguera
quien ve nacer dentro de sí
una débil y misteriosa llamarada.
Llamemos ciego
al ojo que pasa de largo frente a las cosas.
Apiadémonos de su incapacidad de ver.
Musitemos junto a su oído:
    "esto es un árbol", "esto una rosa".
La ausencia de visión
no es ausencia de la capacidad de ver.
Ven los videntes, los demás miran,
los demás creen ver.
Y confunden una rosa con la rosa,
confunden un árbol con el árbol.
Apiadémonos de los que no tienen ojos
    para leer las hojas de un árbol,
de aquellos que confunden la rosa
con el perfume que emana de ella.
Apiadémonos del que tantea un objeto
y lo confunde con su forma exterior,
y cree que todos están hechos
de la misma irremediable materia.
Apiadémonos del que olvidó la infinita forma
    de la forma,

apiadémonos de la oscuridad que reina
en sus pupilas.
El secreto no está en la imagen, sino en ver.
La verdad no consiste en percibir
sino en el acto de posesión.
El ojo ciego se ríe del ojo que no ve
porque en la oscuridad ve mejor las cosas.
La oscuridad es la meta de todo verdadero vidente.
La noche, la eterna noche
es sustancia de la luz.

2. Del oido sordo

Quién dice que los sordos no oyen.
Ellos escuchan con atención
los húmedos latidos del viento.
Escuchan las palabras que nadie dice,
los sonidos misteriosos del alma.
Quién dice que los sordos no sienten
porque habitan un reino de silencio.
Quién dice que el silencio es ausencia de voz,
quién dice que la voz
escapa de sus manos como el agua.
Pienso en Bethoven y digo: el silencio es música.
Pienso en Goya, y declaro: el silencio es color.
Si no fuera así
qué hombre se detendría a escuchar
las dulces sinfonías del silencio,
silencio escrito en notas musicales.
Y qué sería de la pintura sin el silencio,
el lento y desesperado silencio
que estalla en forma de luz
y nos deja borrachos de una verdad
tan vasta como la noche.

Quién dice que los sordos necesitan compasión.
Somos nosotros
quienes necesitamos la compasión del silencio.
Somos nosotros los que necesitamos silencio
para escuchar la verdadera música de las palabras.
Deberíamos hacer absoluto silencio
para escuchar el sonido más íntimo de las cosas,
la secreta verdad de lo que calla.
Deberíamos callar
para aprender el lenguaje de los ojos,
el lenguaje misterioso de las miradas.
Esa mirada está en los rostros pintados por Goya
y brota de las eternas melodías de Bethoven.

3. De la boca muda

Un gran silencio es la palabra,
palabra de la boca muda.
Los labios hablan cuando aprenden a callar.
Su silencio puede palparse,
tiene olor y sabor como los cuerpos.
La palabra, la verdadera palabra del hombre
    está en el silencio.
La boca muda lo sabe, y lee con atención
    el silencio,
el amable y delicado silencio
que estalla en la palabra, no en la voz.
La voz es una de las formas de la palabra,
    su corteza más vieja.
la palabra está adentro, en un sitio
    que no es fácil descubrir.
No siempre la palabra está en la voz.
Así como hay vanos frutos

hay voces que simulan ser palabras,
voces llenas de vacío
bocas que comercian con el viento.
El reino de la palabra está en los labios,
    no en el sonido.
El sonido es la forma exterior que adopta,
porque la palabra no tiene forma específica
    para manifestarse.
Unas veces está en el gesto, otras
    en la mirada.
Aprendamos de ella el silencio
que brota en forma de manantial
para ofrecernos su delicado discurso.
Aprendamos a leer la palabra a flor de labio,
busquemos su guarida en el brillo de unos ojos
    y en el gesto de una mano.
Mano que talla
la dulce materia del lenguaje.

2. EL ROSTRO Y LA MÁSCARA

Así como las máscaras son el signo de que hay caras, las palabras son el signo de que hay cosas. Y estas cosas son signos de lo incomprensible.

Marcel Schwob

Mefisto

(homenaje al Klaus María Brandauer)

A cambio de unas pocas prebendas,
de unas turbias y nunca suficientes dádivas
    vendí mi alma.

Quien todo lo contamina,
quien con su extraña fetidez todo lo corrompe,
me ha convertido en su estrella.
    O quizás en su bufón.
Con la cara pintada de blanco
–un blanco tan glacial que horroriza–
salgo noche a noche a escena
para interpretar a Mefisto.

Observen qué bien me desplazo
    por el escenario.
Lo hago siempre con arrogancia,
con estudiada delicadeza.
Como si entre mi personaje y yo
apenas existieran diferencias,
o como si la vida no fuera otra cosa
que gesticular sobre las tablas.

A todas partes llevo el insomnio
    de este personaje.

En la calle, cuando el viento helado sopla,
y en el hotelucho donde una prostituta me espera,
    sigo siendo Mefisto.

No soy un hombre,
no soy siquiera un actor,
soy, quizás, un símbolo.

Y si me llaman
y exigen nuevas obediencias,
si me insultan
y vociferan al rostro nuevas órdenes,
    jamás pierdo la dignidad:
amable, delicadamente sonrío.
A fin de cuentas
un artista tampoco es perfecto.
Un artista no es más que una criatura
hecha de muchos rostros,
fabricada con la piel
                de innumerables sueños.

Simulo fidelidad al estúpido,
sumisión frente al esbirro,
admiración por el mediocre.
Firmo edictos, grito consignas,
ladro como un perro si desean.

Pero nadie sabe
que tras la máscara de Mefisto
me burlo a diario del mundo.

¡Ser o no ser: he ahí el problema!
William Shakespeare

En el más simple de los hombres
habita un dios o un demonio.
Si eres un dios, hablarás al mundo.
Si eres un demonio, lucharás contra él.
No hay otra alternativa,
sólo la palabra o el acero.
Si escoges la palabra, hazla flamear.
Si tomas el acero, que resuene.
Acero y palabra
son los extremos
que viven en ti.
Uno y otro se niegan,
pero también se buscan.
Uno y otro se rechazan,
pero a la vez se presuponen.
No hay acero sin palabra
como no hay palabra
sin acero.
Decídete.
Pronto un duendecillo tocará a tu puerta,
preguntará en voz baja:
"¿Acero?"
Si ese es tu destino
no valen excusas,
tarde o temprano saldrás a matar.
Si en vez de acero

pregunta amablemente:
"¿Palabra?"
la muchedumbre vendrá a ti,
escuchará en silencio
tu dulce y convincente verdad.
No lo olvides, Horacio,
en el hombre duerme
un profeta o un guerrero,
y las ideas se escriben
con el verso
o con la espada.

Los ojos de Mishima

Hoy he visto los ojos de Mishima.
Los hallé durante la mañana,
en el rostro de un niño demasiado absorto.
Después, mientras me hundía en el estrépito
    de la vieja ciudad,
volví a encontrar aquellos ojos
en los de un hombre que no cesaba de maldecir.
Y más tarde en la mirada de un anciano
    que hablaba solo.
Hallé los ojos de Mishima en mucha gente.
Sentí que todos tenían que ver
con la intensa frialdad que había en ellos,
con el resplandor ciego de sus ojos.
Y aunque quizás lo ignoraban,
sabían que Mishima había regresado.
Había regresado para que lo supiéramos,
y la única forma de saberlo
era a través de la presencia de sus ojos
    en todos nuestros actos,
en todos nuestros sueños.
Ni siquiera tenía que mirar el rostro
    de la multitud. Bastaba
un gesto, una carcajada, un saludo al azar
para comprender que Mishima
    estaba entre nosotros,
y que cualquiera podía ser Mishima:
el infantil Mishima

extasiado en el San Sebastián de Botticelli,
o el juvenil Mishima
envuelto en los efluvios del placer
    y el hastío.
Hoy he visto los ojos de Mishima.
Mientras subía las escaleras de mi casa
los vi flotar a mi alrededor como un presagio.

...mirando las ocasionales máscaras, como
si buscara alguna en particular.

Bioy Casares

Aprecia mi colección de máscaras.
Es fina y exclusiva.
Te la ofrece el viejo artesano
diestro en el arte de simular.

He aquí una máscara de madera preciosa
importada del lejano Oriente.
Tiene expresión como de tristeza. Cualquiera diría
que de esa boca puede escapar, en cualquier instante,
un sollozo.
Pero no,
no es un sollozo lo que saldría de esa boca,
sino una terrible carcajada
que haría estremecer las columnas de un templo.

Aprecia ésta. Tiene cuernos
y sopla una flauta. Usala en esos días
cuando las muchachas llevan encendido el rostro
y un aire clandestino roza las miradas.
Vamos, póntela,
parecerás un príncipe con esa cornamenta.

Tengo otra
fabricada con palabras mágicas.
Lleva ojos de sueños perdidos y boca de rojiza pulpa.

Es la careta preferida
de quienes van a morir.

Naturalmente, no puede faltar la máscara de los presumidos.
De fibra de cristal, es la más cara de todas las máscaras.

¿Cuántos tontos tenemos aquí? De ninguna manera
debe faltar esa máscara en mi colección.

¿Traidores? No necesitan máscaras.

Sabios y líderes sí.
Veamos mi bella máscara de oráculo.
Termina en una ensortijada barba, negra como un pronóstico. ¿Te gusta esa, verdad? Es la preferida de los farsantes. Es la que más buscan quienes perdieron la fe.

Y la de los maestros, la de los dignatarios, la de los funcionarios. Blancas, rojas y azules, según el rango. Con barniz y lentejuelas, según la ocasión.

Máscaras guerreras, todas tienen una mueca de odio.
Para los astutos, tengo una máscara de yeso.
Lleva dibujada una sonrisa dulce e inocente.

Y ésta es para ti: para las noches de las ceremonias
cuando te llame a su mesa
el Gran Inquisidor.

Cuerpo de Ofelia

Contemplo el cuerpo de Ofelia.
Flota suavemente arrastrado por el agua,
el agua viva y murmurante de un remanso.
Desde esta orilla, lejos del peligro,
contemplo sus negros cabellos,
su boca abierta,
sus ojos terriblemente fijos en la espuma.
Rebosantes, sus vestidos ondulan,
dejan al descubierto la piel
acariciada por una lengua tenaz,
por la frágil ternura del agua.
¿Qué puede hacer un hombre frente a tanto
desdén,
frente a tanto abandono?
Si una muchacha se ahoga,
si una enloquecida muchacha se sumerge,
será para buscar otro insomnio,
para conocer otras ausencias.
No la vimos morir. La descubrimos muerta.
Muerta de sed, de angustiosa calma.
Con ligereza, las manos iban marcando
la cadencia del viaje.
Sus pies resultaban tan blancos que dolían.
Sus cabellos, al rozar el fondo,
se enredaban en oscuras
y desconocidas hierbas.
Es todo cuanto sé

y todo cuanto puedo contar de Ofelia.
Me detuve y alcé una mano
para decirle adiós. El cuerpo giró una vez más
como si intentara responder.
Después, como si fuera un galeón
o una isla flotante a la deriva,
siguió su curso río abajo,
seguramente hacia el mar,
hacia las hondas gargantas del Océano.

el tiempo, todo el tiempo.

Eliseo Diego

Pido a la orquesta que no deje de tocar.
Y a los invitados,
que bailen y disfruten a plenitud
mientras dure la fiesta.
Ordeno a la servidumbre
que ofrezca los mejores vinos,
los más delicados manjares,
las frutas más espléndidas.
Y que lo haga siempre con esmero,
inclinando levemente
y con elegancia la cabeza.
Hay velas abundantes y luces
    por todo el salón.
Las muchachas
sólo aguardan una mano afable
y una sonrisa que las cautive.
Y cuando la fiesta alcance su clímax
y no se escuche otra cosa
que risas brotando de los labios;
cuando los rostros ardan a plenitud
y una leve concupiscencia aflore
en la humedad de las pupilas,
haré una señal.
Bastará un movimiento,
un movimiento apenas perceptible
    de mis dedos,
y los criados, sin que nadie lo advierta,

cerrarán a cal y canto
las puertas y ventanas del salón.
Allí los dejaré:
extraviados para siempre
como niños en medio del estrépito
de la música y los placeres.

Yo no tuve

Yo no tuve una abuela irlandesa.
No tuve más que un sueño
para contemplar las ondas del agua.

Ni más verdad
que un día único
girando a mi alrededor.

Sin embargo fui feliz.
Feliz como aquel que cuenta sus monedas,
como el vino que contiene un odre,
como una pradera
donde crece desordenada la hierba.
Decían mi nombre
y entraban al reino
donde un viejo tambor
anuncia el amanecer.
Nadie me conocía,
pero todos pasaban debajo de mi nombre,
saludándome.

Nadie me conocía,
pero todos nombraban
mis cuatro deidades:
la Noche, el Sueño, el Tiempo y la Memoria.
Con ellas me iba a deambular

con tres rayas en la mano
y la boca herida.
Con ellas regresaba
ebrio de nieblas.
Yo no tuve una abuela irlandesa.
Lo mío era tan simple
que no lo puedo explicar.

¿Casi he olvidado el sabor del miedo!
William Shakespeare

Quiera Dios
no tengas que escribir tu nombre
en el agua.
Que puedas verla en la fuente
y saciar tu sed,
que puedas acariciarla,
pero nunca te rodee,
nunca te halles en su centro
solitario y perdido.
Quiera Dios
el destino te depare antiguas posesiones,
cuerpos más bien húmedos
de criaturas que no conocen la muerte.
Quiera Dios –y así sea–
que tu voz siga siendo amable
y tu paso firme.
Y nunca se cierren, tras de ti,
las puertas que abrió el viento.
Quiera Dios, dondequiera que vayas,
recibas
un buen vaso de vino,
un generoso pedazo de pan
y el saludo de los hombres más simples,
aquellos que nada ocultan
porque nada tienen.
Quiera Dios
no te seduzca la sonrisa del cortesano,

la gélida costumbre del oro,
las mañanas
pronunciadas desde lo alto de un trono.
Y quiera Dios
la vida te siga dando fuerzas
para ser siempre como eres,
como siempre has querido ser.
Para que nunca, frente al poderoso,
se quiebre tu palabra
ni se doblen tus rodillas.

Índice

1. En el reino de Nod 7

Habla Enós 11

Estatuilla de mujer (siglo II a.n.e.) 13

Ritual 15

Dos testimonios
(Breda, 5 de junio de 1625) 16

En el reino de Nod 18

Cincuenta justos 19

Elogio del cuerpo 21

Jonás 24

De Leonardo a su hijo adoptivo y
aprendiz de pintor 26

Confesiones de Rubén 28

Estatuas antiguas 30

Últimos instantes de la víctima 32

Diálogo entre Abraham e Isaac 33

Meditaciones de Gregorio Samsa 36

Meditaciones del profeta 38

Cántico 40

Tres elogios 42

2. El rostro y la máscara 47

Mefisto 51

En el más simple de los hombre... 53

Los ojos de Mishima 55

Aprecia mi colección de máscaras... 57

Cuerpo de Ofelia 59

Pido a la orquesta... 61

Yo no tuve 63

Quiera Dios... 65

Últimos instantes de la víctima *es el onceno poemario de José Pérez Olivares desde que en 1985 publicara en Cuba su primer libro de versos. Estamos ante una metáfora del poder y los hombres, y una metáfora también sobre la intolerancia y la disgnidad de cada uno. Fue escrito en un lapso que va de 1996 a 2001, y ya tuvo una primera versión cubana que vio la luz en el año 2000 con el título de* **El rostro y la máscara.** *La que ahora publica el Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Albert» es una versión modificada de la primera, con más de la mitad de los textos completamente inéditos y recientes.*

Últimos instantes de la víctima *es un poemario distinto, en espíritu, de su obra más conocida en España,* **Háblame de las ciudades perdidas** *(Sevilla, Renacimiento, 1999), aunque contiene ecos de ésta por la referencia a temas míticos que se transforman en alegorías de realidades actuales. Este último libro resulta en definitiva más abierto y plural, y deja entrever una mayor voluntad de acercamiento al lector.*

ISBN 8477843929

9 784778 439293

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA | JUAN GIL-ALBERT

DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE